

## CÓMO ADORAR

Aunque Dios nos hizo para adorar, la adoración no es algo que no requiera esfuerzo. Siempre es difícil. Después de que uno estudia las Escrituras para aprender qué es en realidad la adoración, el aprender a adorar requiere esfuerzo y dedicación adicionales. Lo anterior puede sucederles principalmente a recién convertidos que toda su vida han seguido la carne. El «hombre natural» (1<sup>era</sup> Corintios 2.14) no se somete fácilmente. La carne reclama su propia libertad, pide a gritos que se le satisfaga, y pelea con gran ímpetu para recuperar el territorio perdido. Hay personas que se pasan años tratando de someter la carne al dominio del espíritu. No basta con entrar en un culto de adoración, en el que se estén entonando cánticos espirituales, y se estén ofreciendo oraciones, para hacer que la carne automáticamente se serene y se calme. La preparación para la adoración colectiva comienza en casa, ya sea con la familia, o en privado. Se puede comenzar dedicando algún tiempo cada día a la oración en privado o familiar, al canto, a la lectura y a la meditación en las Escrituras. Concéntrase en avanzar hacia la presencia de Dios. Apártese mental y emocionalmente por algunos minutos del mundo y sus cuidados. Dedíquele a Dios su día, dedíquese usted mismo, y hágalo verbal y concientemente.

Aprenda a apartar sus pensamientos de los asuntos cotidianos y mundanos, para centrarlos en los asuntos más altos y sublimes de Dios. Un tiempo diario de devoción personal o familiar ayudará a preparar el corazón, la mente y el cuerpo para la adoración. Puede que al comienzo le resulte difícil centrar su mente en asuntos espirituales, pero con la práctica le resultará más fácil. Puede que haya momentos en los que pensará que fracasó. Incluso, puede que haya momentos en los que no deseará tener éxito. Lo anterior será la carne, tratando de recuperar el dominio. No se apresure. Se necesita tiempo para superar todos los obstáculos que hay sobre el camino que lleva al trono. Con el tiempo su corazón estará preparado para tomar un camino que lleve más directamente a la presencia de Dios, y deseará quedarse más tiempo allí.

El hecho de que no necesariamente es fácil adorar a Dios de modo aceptable, ni es algo que suceda de modo natural, debe motivar a los que dirigen la adoración a reunirse para planearla. Incluso el orden de los eventos puede ser significativo para guiar a las personas por el sendero de la adoración a la presencia de Altísimo. No hay mandamiento en cuanto a que se siga cierto orden de eventos. No obstante, en vista de que el propósito de la reunión es adorar, todo lo que se haga debe servir de vía para llevar a los adoradores a la presencia de Dios, o bien, debe mantenerlos allí por un prolongado período de tiempo. Debe planearse una secuencia progresiva, ordenada de los eventos. Debe animarse a todos los miembros a participar. La adoración que se rendía en la iglesia primitiva jamás fue para espectadores. Los cánticos de alabanza o una oración de acción de gracias pueden guiar el corazón de los adoradores hacia la presencia de Dios. A veces ayuda que el director del culto recuerde a los adoradores de la letra de los cánticos, con el fin de llamar la atención al mensaje, y no a la melodía. Es apropiado cantar diferentes clases de cánticos. Normalmente, se seleccionan cánticos relacionados con el tema o propósito para el que se ha planeado el culto. Algunos han sido concebidos para alabar Dios. Otros transmiten una enseñanza. Aun otros amonestan o advierten de peligros espirituales. Cuando cantamos, nos hablamos unos a otros, y le hablamos a Dios. Si le prestamos atención al mensaje del cántico y nos concentramos en acercarnos Dios con ese mensaje, podemos avanzar en dirección a la presencia de Dios.

Después de un himno de alabanza, se puede continuar la comunicación con Dios mediante un tiempo de oración. Ésta puede ser una oración en silencio, en la que a cada miembro se le pide hablar personalmente con Dios, para que después uno o más hombres dirijan a toda la asamblea. La secuencia de cada expresión de adoración debe llevarnos cada vez más cerca de Dios. La oración debe honrar y alabar a Dios (Mateo 6.9). La oración sincera es el acto por el cual se expresa el ruego del corazón al Único que puede oír y socorrer.

El punto culminante de la experiencia de adoración puede alcanzarse en el momento de participar de la Mesa del Señor. En ese momento, los adoradores son llevados a la cruz para recordar el lugar y el instante en que su libertad del pecado y de la muerte fue sellada para siempre. Es éste un momento en el que la sobriedad y la celebración se entremezclan. Estando llenos de humilde gratitud y de acción de gracias, se nos hace pasar, por medio de la participación en la Cena de Señor, al gozo y a la cordialidad de la presencia de Dios. Puede que en ese momento los adoradores simplemente deseen estar con Él, sentarse a Sus pies y permanecer allí hasta que su copa se les desborde.

Contrito delante de Dios, el adorador tiene su copa llena hasta rebosar tan sólo por medio de oír lo que Dios tiene que decir. Al igual que el joven Samuel, el corazón clama: «Habla, Jehová, porque tu siervo oye» (1<sup>o</sup> Samuel 3.9). Ese será el momento en el que el corazón estará preparado para oír la lectura de las Escrituras, la enseñanza o la prédica.

James L. May